

PREMIO CALDAS DE CIENCIAS DE 1972

El Premio Caldas de Ciencias, creado por el Fondo Colombiano Francisco José de Caldas, recayó en el año de 1972 en el Académico ERNESTO OSORNO MESA, distinguido investigador en el campo de la entomología, académico numerario de esta corporación, y cuyos trabajos científicos, muchos de ellos publicados en la Revista de la Academia, honran la ciencia colombiana.

Durante la ceremonia de entrega del Premio, presidida por el Jefe del Estado, doctor Misael Pastrana Borrero, y el Ministro de Educación, doctor Juan Jacobo Muñoz, la cual tuvo lugar el día 7 de febrero de 1973, ante selecta y numerosa concurrencia, el gerente de Colciencias, doctor Efraim Otero Ruiz, pronunció las siguientes palabras:

Para el Fondo Colombiano de Investigaciones Científicas constituye motivo de especial satisfacción el poder otorgar hoy el Premio Nacional de Ciencias "Francisco José de Caldas" al doctor Ernesto Osorno Mesa. Profundas y extensas fueron las consideraciones, apenas esbozadas en el resumen que se acaba de leer, que llevaron al Consejo Asesor de Investigaciones Científicas a la decisión unánime de entregar este galardón a la persona que se ha distinguido por la continuidad de su obra científica en Colombia a través de más de 40 años; esas consideraciones son importantes, puesto que cimentan un premio cuya finalidad ha sido la de estimular la ciencia en Colombia y presentar ejemplos laudables a las nuevas generaciones. Pero la decisión, como pudo permearse a lo largo de aquella prolongada sesión del Consejo Asesor, hace ante todo honor a las espléndidas cualidades humanas del galardonado. Investigador de campo y de laboratorio, iniciado en una época en que la investigación en Colombia era todavía una rara aventura, el doctor Osorno comenzó su carrera en un período crucial para la historia de la salud pública en el país, en que se nacionalizaba el Instituto de Higiene Samper Martínez y se lo ponía en manos de aquel talento proteico y estimulante como pocos que fue César Uribe Piedrahíta. Quizás por esas mismas razones el doctor Osorno deja rápidamente las disciplinas fisiológicas y se entrega, primero en el país y luego en sus especializaciones de Cornell y de Harvard, al estudio del conjunto de aquellas enfermedades propias de la Zona Tórrida que habitamos en el planeta y que, justamente por aquella época, abandonaba la colonialista denominación de "patología exótica" que le habían dado los tratados franceses y pasaba a llamarse más sencillamente "medicina tropical" como lo proponían los ingleses y los norteamericanos.

Comprendiendo la importancia de los insectos vectores en la diseminación de las enfermedades, se dedica de lleno a la Entomología Médica, a la que va a consagrar la totalidad de su vida, tanto



Ernesto Osorno Mesa

en la cátedra como en el laboratorio. Porque además de los trabajos sobre los transmisores de plasmodios, de virus y de tripanosomas que lo consagran definitivamente en la historia científica de la Nación, el profesor Osorno ha sido ante todo un formador de incontables generaciones médicas, que lo han visto por años, con el entusiasmo y el fervor de siempre, abrirles los ojos hacia ese mundo asombroso de los parásitos y de los insectos, que descubre inusitadas perspectivas tras el lente de los microscopios y nos deja tan maravillados y tan absortos como debieron quedar los europeos del siglo XVIII cuando abrían las páginas encantadas de la "Micrographia" de Hooke, especie de "Alicia en el país de las Maravillas" del reino animal.

Por eso para mí este acto sencillo tiene además la profunda significación de honrar al maestro, tal como lo señala el juramento hipocrático que nos inculcaron en las Escuelas de Medicina. Porque fue en los antiguos claustros de la Universidad Javeriana, apenas a una cuadra de esta ilustre

Casa de Bolívar, allá por el año de 1950, cuando tuve el privilegio de ser alumno del doctor Osorno Mesa. Todavía recuerdo el interés y la expectativa con que lo esperábamos a la entrada del laboratorio, a donde llegaba generalmente con uno o dos frascos de especímenes recién recolectados y que luego procedía a demostrarnos con la cordialidad y la sencillez que le eran características. En estos recorridos, de microscopio a microscopio, lo acompañaba siempre su hermano Hernando, prematuramente desaparecido, entomólogo como él pero venido al mundo de los insectos no ya de la medicina ni de la biología, sino desde las rígidas disciplinas de la ingeniería. Se acordaba uno, frente a estos dos hermanos, de Maeterlinck y de Fabre, el uno poeta y el otro físico, venidos ambos con el correr de sus vidas al estudio de los insectos, sobre los que dejaron páginas que quizás los inmortalizaron más que los versos y que las ecuaciones.

COLCIENCIAS se honra al entregar por tercera vez este Premio Caldas (en esta misma ilustre Casa de los Presidentes de Colombia, donde se entregó por vez primera hace un poco más de dos años) a un hombre cuya obra constituye un puntal de la ciencia nacional. Porque esa obra discreta y callada, como lo anotaba el mismo señor Presi-

dente al inaugurar en días pasados las nuevas instalaciones del INPES, ha contribuido de manera directa e importante al bienestar social del país y al mismo propósito fundamental de este gobierno, como es el del mejoramiento del hombre colombiano. Esos mismos dos años han visto la expansión y el desarrollo de COLCIENCIAS como una entidad de carácter nacional, cuyas proyecciones alcanzan ya casi todas las universidades e institutos de investigación, en cuyos proyectos investigativos ha invertido ya más de veinticinco millones de pesos. Y cuyos programas especiales en información, en tecnología de alimentos, en metalurgia, en carbones coquizables, en retención y retorno de científicos, en ciencias del mar, le están mostrando al país cómo en los planes de desarrollo del gobierno sí se incluyen, de manera primordial, los conceptos de investigación, de ciencia, de tecnología, en una palabra, del hombre pensante en la más alta acepción del vocablo. Que es justamente lo que queremos destacar aquí, hoy, con el otorgamiento de este premio a un hombre que en el contexto de su obra, de sus enseñanzas y de su vida representa los más puros ideales que podemos señalar como ejemplo para las generaciones que van a forjar el futuro de la patria.